

servación, de frescura y de originalidad, y la obra extraña, deshilvanada y pedantesca en que Apuleyo desluzó el ingenioso cuento de Lucio.

Ya se considere el *Asno de Oro*, según pretende Beroalde, primer comentador de las *Metamorfosis* de Apuleyo, como obra simbólica, y quiera decir que la voluptuosidad, mágico veneno, hace a los hombres bestias, y que las rosas del estudio y de la ciencia les vuelven la forma humana; ya sea, como imagina Bosscha, obra religiosa hasta en sus obscenidades, y espejo de santas y saludables iniciaciones en los misterios antiguos, para purificar las almas con excelentes principios de moral; o ya se le estime juiciosamente, como Betolaud<sup>127</sup>, en el sentido de simple traducción de

<sup>127</sup> «Apulée. De sa vie et de ses ouvrages», va al frente de la traducción completa, acompañada del texto original, publicada en París por Garnier en 1862. Véanse también los preliminares y notas de las «Metamorfosis» en la misma edición, y el Prefacio de Pablo Luis Courier y la «Noticia» que acompaña a la traducción de «El Asno». París, Quantin, 1887.

una obra recreativa, en la que quiso Apuleyo probar su aptitud para cultivar diversos géneros literarios, ¿qué tiene que ver con el *Coloquio de los perros*? ¿Ni por qué se ha de juzgar esta novela como análoga a imitaciones italianas del *Asno*, semejantes a las de Firenzuola y Maquiavelo?

En estas obras nada hay de común, ni en el asunto general, ni en los detalles: retrato de las costumbres griegas fué la obra de Lucio adaptada por Apuleyo en el *Asno de Oro*; galería de cuadros tomados del natural, y trasunto fiel del vivir de la España de aquellos días, es el *Coloquio de los perros*. ¿Qué afinidad artística va haber entre un fresco de Pompeya y un lienzo de Velázquez?

\*  
\*\*

Los mismos críticos que para fijar las fechas en que fueron escritas *La Gitanilla*, *La Española Inglesa*, *La Ilustre Fregona*, etc., etc., hacían los descabellados cómputos que hemos visto ya, dicen del *Casamiento Enga-*

ñoso y del *Coloquio de los perros*: «No encontramos indicación alguna por donde pueda rastrearse su verdadera época»<sup>128</sup>. Y cabalmente no hay en las *Novelas Ejemplares* otras cuya fecha pueda determinarse con más probabilidades de acierto.

Desde luego no hay duda de que fueron escritas antes de la expulsión de los moriscos. Cervantes, que supo sustraerse a las preocupaciones de su tiempo, no pudo hacerlo al odio en que España se encendía, comparable al que mueve hoy a los antisemitas en Francia, y en el *Coloquio* pedía bien a las claras la expulsión, diciendo: «Cesadores prudentísimos tiene nuestra República, que considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán á tanto daño cierta, presta y segura salida.»

Frases que prueban que antes de los primeros meses de 1609 estaba ya

<sup>128</sup> *Obras completas de Cervantes, edición dirigida por D. Cayetano Rosell, 1864, Rivadeneyra, t. VII, página 6.*

escrita. Pero aun hay un dato que nos ayuda a conjeturar con más exactitud su fecha. Al contar Berganza sus aventuras, habla del famoso y gran cristiano Marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar y Montilla. Cabrera de Córdoba asienta en la Relación de 2 de Septiembre de 1606: «Ha muerto el Marqués de Priego en Montilla, su tierra»; y en la de 25 de Noviembre del mismo año, dice: «Está concertado el casamiento del Marqués de Priego, que es casa de más de cien mil ducados de renta, y es mudo, con hermana del Duque Alcalá, y se ha enviado por la dispensación a Roma»<sup>129</sup>.

A nadie puede ocurrírsele que Cervantes, al hablar del *famoso y gran cristiano Marqués de Priego, Señor de la casa de Aguilar y de Montilla*, se refería al joven mudo que acababa de heredar el título, y cuya renta había sido incentivo, según los cronistas, para concertar sus bodas en Noviembre de 1606, pidiendo dispensa al Papa; sino al Marqués, «muerto con

<sup>129</sup> «Relaciones» cit., págs. 287 y 294.

dolor de todos» a fines de Agosto del mismo año de 1606.

Como Cervantes, en 1605, habitaba en una de las «casas nuevas de Juan de Navas, frente al Rastro»<sup>130</sup>, por fuerza tendría que pasar muchas veces frente al vecino Hospital de la Resurrección: la vista de los infelices que salían convalecientes del llamado por el vulgo *Hospital de las Bubas*, y la de los «dos perros que con dos linternas andaban de noche con los hermanos de la capacha, alumbrándoles cuando pedían limosna», debió sugerirle la idea y plan general del *Coloquio de los perros* y del *Casamiento Engañoso*, que le sirve de introducción. En los recuerdos de lo que había visto y oído en su varia vida, halló asuntos de sobra para los episodios del relato; teniendo que guardar para otra vez, que, por desgracia no llegó nunca, «las muchas verdades que se le quedaban por falta de tiempo».

Cabalmente el pasaje que engañó a

<sup>130</sup> Consta en el proceso por la muerte de Ezpeleta, publicado por Pérez Pastor.

Huet y le hizo suponer que Cervantes era imitador de Apuleyo<sup>131</sup>, tiene su origen en el *Suceso de D. Alonso de Aguilar*, de la famosa Casa de Priego, suceso que se refiere en un manuscrito existente en la Biblioteca de la Academia de la Historia<sup>132</sup>.

Es curioso, muy curioso, que hayan tenido por fabulosa a la Camacha de Montilla esos comentadores de las novelas que creían, y creen, en la existencia real del Capitán Viedma, de Carriazo y Avendaño, de Insunza y Gamboa, del Licenciado Vidriera y hasta del propio Alférez Campuzano: esos que se imaginan, por añadidura, que Cervantes ni siquiera se cuidó de cambiar los nombres de los retrata-

<sup>131</sup> Véase la nota núm. 20.

<sup>132</sup> «Libro de las cosas notables que han sucedido en la ciudad de Córdoba y á sus hijos en diversos tiempos.» Ms. De los folios 62 al 91 está el «Suceso de D. Alonso de Aguilar, de la famosa Casa de Priego, que estuvo dos veces preso en la Inquisición por causa de las Camachas hechiceras de Montilla». En la Biblioteca Colombina hay otro ms. sobre el mismo asunto, citado por D. Marcelino Menéndez y Pelayo en la «Historia de los heterodoxos españoles».

dos al contar su vida y milagros<sup>133</sup>. Los de la Camacha no fueron invención del novelista: contábase que la hechicera había hecho verdaderos portentos en la persona de D. Alonso de Aguilar, hijo del Marqués de Priego,

<sup>133</sup> Gustó, a veces, Cervantes de elogiar al paso en sus narraciones a personas vivas, o recordar los méritos de algunas desaparecidas: díganlo las alabanzas al Doctor de la Fuente en «La Ilustre Fregona», al Licenciado Pozo en «La Gitanilla», y a otras muchas citadas ya en este libro. Gustó también de amenizar sus relatos con casos y sucedidos de tipos populares, como los del loco que hinchaba perros y del gorrero sevillano «Triguillos» (véanse las notas de Rodríguez Martín en su edición de las «Novelas Ejemplares», «Clásicos Castellanos», 1914, p. 100, 136 y 319). Bautizó a algunos de sus personajes novelescos con nombres que tuvo por apropiados, al asociarlos en su memoria con dignidades y jerarquías de personas que conoció u oyó nombrar: Bentivogli, Ferraras, Cárcamos, Carriazos, etc. Hasta los nombres de Cipión y Berganza fueron los de aquellos perros del Hospital de la Resurrección que le sugirieron la idea del «Coloquio». Pero ¿habrá que inferir de eso que las aventuras de Berganza acaecieron realmente, y Cervantes no hizo sino trasladarlas al papel? Pues, para el caso, tan personaje cervantino es el perro como los Ferraras o los Cárcamos, y tan historias imaginadas, con elementos de realidad vivida, unas como las otras.

a quien la Inquisición de Córdoba, que no debía pensar como Cervantes que la Camacha «era engañadora falsa», tuvo dos veces preso. Entre los prodigios que obró con él, cuéntase en el citado manuscrito que lo transformó en caballo. Esta metamorfosis, que debieron de referir a Cervantes en Montilla, le dió, a no dudar, el tema para el episodio del perro y la bruja, al que ésta supone hijo de la Montilla y encantado en aquella forma.

Si Montilla era la tierra de los Priegos antes de que se escribiera el *Coloquio*, desde que el *Coloquio* se escribió es, además, la tierra de la Camacha y de la Cañizares: el cuadro en que retrata a esta última es una verdadera evocación. ¿Quién no recuerda a la vieja Cañizares? «en su aposento obscuro, estrecho y bajo; solamente claro con la débil luz de un candil de barro; larga de más de siete pies, toda notomía de huesos cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; la barriga, que era de badana, tapándole las partes deshonestas y aun colgándole

hasta la mitad de los muslos; las tetas semejantes á dos vejigas de vaca secas y arrugadas; denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgrenaada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos...»; y, junto a esa figura endiablada, el perro del titiritero que la arrastra por el carcañal, queriendo hacerla dar muestras de sentido...

En la esfera del arte, sólo Ribera, Valdés Leal y Goya, unidos, podrían concebir y pintar una escena semejante; y desde el punto de vista científico, Briquet, Tardieu y Charcot no lograrían describir más gráficamente los síntomas del éxtasis y la autosugestión histérica: Cervantes, con la intuición del genio, entona su cuadro con tintas de misteriosa penumbra psíquica, que lo hacen aparecer a nuestros ojos en esos vagos linderos donde lo legendario y lo experimental se tocan y se compenetran <sup>134</sup>.

<sup>134</sup> Paul Briquet. «Traite clinique et thérapeutique de l'hystérie.» Paris, 1859. Jean Martin Charcot.

Hay quien cree hoy en los prodigios del faquirismo oriental y en los fenómenos de la sugestión a distancia, y se ríe de que en los siglos XVI y XVII se creyera en España en brujas y en brujerías. En ellas creían, en efecto, ignorantes y doctos. Tres cronistas, que acabo de citar, Zapata, Garibay y Cabrera de Cordoba, dan muestra de la fe común <sup>135</sup>: Zapata da crédito a cuanto respecto de hechizos le refieren; Garibay hace sacar el horóscopo de su hijo Luis, el clérigo que ayudó á Cervantes a recoger a Ezpeleta herido, y Cabrera de Córdoba habla de agüeros yencantamientos con la misma naturalidad que de la llegada de las naos de Indias y con igual frecuencia que de las sangrías del Rey, la Reina y los Consejeros reales. Lo verdaderamen-

«Leçons sur les maladies du système nerveux faites à la Salpêtrière.» Paris, 1884. «Les démoniaques dans l'art», en colaboración con Richet, «L'homme et l'intelligence». Paris, 1884, págs. 261 a 394, cap. «Les démoniaques d'aujourd'hui» «Les démoniaques d'autrefois».

<sup>135</sup> Zapata, y Cabrera, obras cit.; «Memorias de Garibay», t. VII, Mem. Hist.

te raro, lo extraordinario, no era creer lo que el P. Martín del Río aseguraba en sus *Disquisiciones mágicas*, y lo que, con sus más y sus menos, afirmaban autoridades en la materia como Fray Francisco de Vitoria en sus *Relecciones Theologica*, y el mismo P. Ciruelo, en algunas páginas de su *Reprobación de las hechicerías*; sino pensar como Fr. Pedro de Valencia en el *Discurso sobre las brujas y magia*, y como pensaba Cervantes en sus *Novelas* <sup>136</sup>.

Escritores ha habido que, a propósito de esa superioridad de espíritu que Cervantes manifiesta en su modo de comprender las «apariencias y embelecocos» de las brujas, han tronado contra la ignorancia de España y la crueldad de la Inquisición por los brutales castigos que a los hechiceros impuso. No sabe esa gente, o no quiere recordar, que de esas supersticiones y de esas infames crueldades no

<sup>136</sup> Río, «*Disquisiciones*», Maguntia, MDCXII; Vitoria, «*Relecciones*», Salamanca, 1565; Ciruelo, «*Reprobación*», Salamanca, MD XLJ, P. de Valencia. «*Discurso*» M. S. de la Biblioteca Nacional, Madrid, A. a. 52

tiene España el exclusivo privilegio. En Nueva Inglaterra, en el siglo XVIII, y dirigida por el venerable Cotton Mather, sabio teólogo, perteneciente a la universidad de Nueva Cambridge, Doctor en la de Glasgow y miembro desde 1711 de la Sociedad Real de Londres, tuvo lugar la persecución de las brujas de Massachusetts, como como resultado de la cual se dió muerte a 20 acusados de hechicería y se atormentó a 55, habiendo entre ellos hombres y mujeres, niños y octogenarios.

No en historiadores latinos, que pudieran tenerse por apasionados y parciales, sino en Spencer y Bancroft, hay que leer los pormenores de aquellos indignos asesinatos y salvajes tormentos. «Llegó á observarse, dice Bancroft <sup>137</sup>, que los que confesaban su brujería no eran ahorcados; pero ninguno de los que después de haberla confesado se retractaba, escapó de la prisión ó de la horca. Ni uno de los

<sup>137</sup> *History of the United States*, Boston, 1850-1866, t. III, p. 87, 94.

sentenciados que afirmaban su inocencia, aunque los testigos se confesaran perjuros y el Presidente del Jurado reconociera el error del veredicto, escapó del cadalso. Había favoritismo al recoger las delaciones, pues se desechaban las que recaían sobre amigos y partidarios. Si alguien tomaba el oficio de buscador de brujas y convencido de la impostura le dejaba, era acusado y ahorcado. No se levantaba el patíbulo para los que confesaban ser brujos, sino para aquellos que rechazaban el engaño.»

Dígase si esta *Relación* no hace bueno «lo que se hizo por los inquisidores de Calahorra para averiguar el mal trato y vivienda de las brujas»<sup>138</sup>.

\*  
\* \*

El empeño, de que repetidas veces hemos hablado, de imaginar en las *Novelas* retratos de personas y no co-

<sup>138</sup> *Relaciones históricas | de los siglos XVI y XVII Bibliófilos españoles | Madrid, MDCCCXC, p. 232 a 240.*

pia de tipos sociales, hizo que don Martín Fernández de Navarrete atribuyera a Cervantes haber querido representar en el alquimista del *Coloquio de los perros* a Lorenzo Ferrer Maldonado, y en el matemático a Luis de Fonseca Coutinho. No se fijaba el erudito D. Martín, y no se fijan los que le copian sin discernimiento, en que los tipos del *Coloquio* no eran pillastres ni falsificadores: perseguían un ideal imposible; eran sabios y artistas frustrados, eran locos, en los que Cervantes ponía, ya que no la luz que resplandece en el *Quijote* y que ilumina por relámpagos al *Licenciado Vidriera*, un rayo de conmiseración ante la fe honrada que animó sus descabellados intentos.

Uno solo de los tipos que Navarrete citó tiene semejanza con los de la novela: aquel Arias Loyola, que murió en la miseria después de pretender muchos años ser oído; pero en nada se parecen a estafadores, como Ferrer Maldonado, que es sabido, y el mismo Navarrete lo consigna, que fué preso

de orden de la Chancillería de Granada por haber falsificado firmas y documentos públicos; ni a Fonseca Coutinho, que después de haber causado considerables gastos al Tesoro de España, se marchó, cuando menos se esperaba, con el «punto fijo» a otra parte. Además, ¿a qué buscar el tipo del matemático en otros tiempos, si es eterno? ¿No hay quien enloquece buscando la cuadratura del círculo?

El poeta del *Coloquio*, que persigue la música del esdrújulo, tiene todas las condiciones características en el grafómano que estudian o pretenden estudiar Lombroso y Max Nordau: hasta en la tristemente cómica petulancia con que juzga su obra, «grande en el sujeto, admirable y nueva en la invención, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la división; poema alto, sonoro, heroico, deleitable y sustancioso», al que solamente aquella «miserable edad y depravado siglo» podían negar su aplauso.

«Aun no nos desengañamos ni perdemos la esperanza de hallar en esta

era la piedra philosophal que la buscaron tantos sin toparla—dice el cronista anónimo que he citado otras veces—, porque se oye á todos los que afirman que saben hacer oro y plata. Y, últimamente, habiendo un fraile carmelita calzado ofrecido hacer plata de cualquier otro metal, le señalaron una junta que viese y asistiese á la prueba, y fueron de ella D. Lorenzo Ramírez de Prado, D. Francisco de Calatayud y el marqués Virgilio Malvezzi, quedando excluido Francisco de Rioja por dos causas, la una porque dixo en ocasión que el mocito irlandés intentó los meses pasados de hacerla en su presencia, que cuantos presumían de hacer plata eran locos, y que también lo eran los que creían que se podía hacer. La otra causa es porque no quiere concurrir donde el Marqués entra. Lo que de esta postrera junta ha resultado, ha sido que habiendo el dicho fraile hecho diferentes veces sus diligencias en presencia de los dichos señores, dos plateros, los más antiguos de la platería,

declararon delante de S. E. debajo de juramento, que la masa del fraile no era plata ni nada»<sup>139</sup>.

El número de los alquimistas era únicamente comparable con el de los que buscaban arbitrios; unos y otros se hacían la guerra entre sí, como refiere el cronista que acabo de citar cuando cuenta:

«El doctor Moncada, el capón, tan conocido por sus arbitrios impresos sobre la restauración de España, ha hecho un papel muy docto en esta materia, probando con varias razones que, dado que alguno supiese hacer plata, no convendría al servicio de Su Majestad que la hiciese, porque los holandeses la harían luego también, y nuestras Indias no nos serían de provecho; y dice otras cosas á este propósito. El Sr. D. Vicente Lupati Máximo, que es el que ahora hace tres años trataba de hacerla en el Buen Retiro, está todavía preso en la cárcel de Segovia.»

<sup>139</sup> «Gacetas» publicadas por Rodríguez Villa, páginas 214 y 215. V. nota núm. 75.

El estudio de lo que eran los arbitristas españoles en los siglos XVI y XVII existe ya: Sempere y Guarinos, Canga Argüelles y Lasagra examinaron fragmentariamente sus lucubraciones, y de ellas tenemos un cuadro de conjunto en la Bibliografía de Colmeiro<sup>140</sup>. Quien interesándose por los estudios de economía política haya revisado varios de aquellos documentos, es seguro que habrá visto alguno de verdadero mérito, y no pocos del género del proyectado por el economista del *Coloquio de los perros*. Yo he tenido ocasión de leer el memorial que para el fomento de la población dirigió un tal Bustamante a S. M. el Rey en 1650. Expone en él las bases de una especie de lotería de amor. Todos los ciudadanos contribuirían proporcionalmente a fin de reunir una suma que, dividida en premios, se sortearía periódicamente para

<sup>140</sup> Biblioteca | de los | economistas españoles de los siglos XVI y XVIII | por | D. Manuel Colmeiro, publicada en el t. I de las Memorias de la Academia de Ciencias Morales y políticas, págs. 33 a 212.

dotar a solteras y solteros. Así, según el arbitrista, se fomentaba la *especie*.

La necesidad aguza el ingenio, y muy necesitados estaban el Tesoro y los particulares, aquellos días en que llegó a haber en las puertas de las iglesias, cepillos en que se pedía «limosna para el Rey nuestro señor». A la práctica se llevaron con fortuna arbitrios más peregrinos que el ayuno en favor del Tesoro prescrito por el loco que pintó Cervantes.

¿Quién había de creer que las frecuentes sangrías que los «físicos» recetaban a Felipe III «para mitigar el usagre que le roía las piernas»; las no menos frecuentes que prescribían a la reina Margarita «con el objeto de que conllevase su delicada salud», y las que periódicamente aplicaban a Lerma para curarle de su «plato de melancolía»; no eran, las más de las veces, sino un ingenioso arbitrio? Porque, según nos informan el embajador Contareni y el doctor Pinheiro, se había introducido en España la costumbre de que siempre que el Rey o al-

gún gran personaje se hacía sangrar, todos aquellos que solicitaban su favor le enviaran cuantiosos regalos, y a esto le llamaban *alegrar la sangre*.

Ajústanse, por lo tanto, a la más estricta verdad histórica, dentro de la más perfecta realidad artística, los tipos y costumbres retratados en el *Coloquio*.

#### XIV

Con el *Coloquio de Cipión y Berganza* quiso cerrar Cervantes la serie de sus *Novelas Ejemplares*, por parecerle sin duda que así era conveniente para la armonía artística del libro, ya que al publicarlas no guardó el orden cronológico de producción. No iba a imaginar que había de agregarse a su obra, siglos después, por los mismos que pretendían despojarle de aquellas que declaraba «suyas propias no imitadas ni hurtadas», otra novela

cuya paternidad gratuitamente se le hubiera de atribuir <sup>141</sup>.

<sup>141</sup> Es curioso por todo extremo que Bosarte y Estala hayan sido quienes sugirieran a Arrieta la idea de adjudicar a Cervantes «La Tía Fingida», cabalmente por el motivo en que se fundaban para dudar fuesen suyos «Rinconete» y «El Celoso Extremeño»: el aparecer las novelas juntas y anónimas en el traído y llevado manuscrito de Porras de la Cámara. En apoyo de la suposición, sólo se habían escrito, hasta hace poco, párrafos declamatorios, de esos que pueden volverse fácilmente contra lo que intentan probar. Todos se condensan en unas frases de Gallardo: «Disputar si es ó no de Cervantes «La Tía Fingida» —dice— sería, en nuestro sentir, disputar á nuestros más discretos lectores el sentido común. Basta tener ojos en la cara para reconocer la mano de este gran pintor de la naturaleza en el rasgo más descuidado de su pincel vivaz. ¿Con cudles podrán confundirse las líneas de Apeles? No hace, pues, falta alguna para acreditar que Cervantes hizo este cuadro moral de la humana flaqueza, el Cervantes fecit.» ¿En qué parte del mundo descubriría Gallardo esas pinturas de Apeles, de de que nadie tiene noticias, y que, según él, no pueden confundirse con otras? Ni ¿qué significan ante la sana crítica tales palabrerías? El dogmatismo de Gallardo no convenció a los que opinaban que «La Tía Fingida» no era de Cervantes, sus iras no les han arredrado tampoco; y entre «esos indiscretos y faltos de sentido común» se contaron en España D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y en la América hispano-parlante,

Nada indica, ni mucho menos demuestra, que *La Tía Fingida* sea de Cervantes. Fúndase únicamente esa suposición en pretendidas semejanzas de forma, apoyadas en ciertas locuciones, que el apasionado prejuicio de unos y la rutina o ignorancia de otros han venido dando como cervantescas, cuando, en realidad, eran maneras de expresión comunes a todos los escritores de aquel tiempo. Los que se empeñaron en juntar las *Novelas Ejemplares*, *La Tía Fingida*, convirtiéndolo en la docena del fraile los doce cuentos dedicados al Conde de Lemos, ignoraban el origen de la novela, y no se fijaron, o no quisieron fijarse, en las capitales diferencias de estilo y en los giros y frases que hay

D. Andrés Bello. Recientemente se ha querido documentar, «a posteriori», la afirmación de los primeros editores, cotejando frases y palabras sueltas de «La Tía Fingida» con otras de Cervantes. Quien se interese en estos particulares podrá hallarlos, entre otros «Nuevos estudios cervantinos», en mi libro «De cómo y por qué *La Tía Fingida* no es de Cervantes», Madrid, 1915.

en ella y que Cervantes no usó jamás. Entraría yo en esos detalles si me propusiera hacer un estudio de las obras atribuídas al autor del *Quijote*; pero sólo he querido aquí rendir un tributo de mi devoción a Cervantes, estudiando cuidadosamente sus *Novelas Ejemplares*.

## LIBRO TERCERO